

R.C.
SPROUL
Una vida

«Esta mirada teológicamente rica, cálida y personal a un siervo singular del Señor es una obra maestra. El alcance del vasto interés y la contribución de R. C., junto con el encanto irresistible de su personalidad, requieren un biógrafo que sea historiador de la iglesia, teólogo y amigo cercano. Stephen Nichols es la mejor opción, tal como lo demuestra su relato. Ha escrito una historia que verdaderamente revela a R. C.; un relato que destila al hombre que amamos como nuestro maestro y amigo. Habrá otras biografías de R. C., pero no puedo imaginar ninguna que se acerque a esta».

John MacArthur, pastor, Iglesia Grace Community, Sun Valley, California;
canciller emérito, universidad y seminario The Master's University and Seminary

«Este libro merece tu tiempo, porque celebra a un hombre que vale la pena recordar. R. C. fue un teólogo magistral que podía extraer dulzura con facilidad de lo que otros consideraban doctrina seca. Sus sermones y libros adornaron con belleza el evangelio, pero su vida también lo hizo. Es lo que me encanta de la destacada obra de Stephen Nichols. Nos lleva detrás de escena para revelar las verdaderas cualidades de este gran santo del siglo xx, por qué sus palabras perduran y por qué nos vemos inexorablemente atraídos a su carácter de vida a lo grande. Siempre admiré a R. C. Sproul por su mente aguda; ahora, con esta biografía, me ha quedado impreso en el corazón. Gracias, Stephen Nichols, por ayudar al lector a enamorarse de este león humano, mi amigo, el buen doctor Sproul».

Joni Eareckson Tada, fundadora, Joni and Friends International
Disability Center

«No podía soltar este libro, porque no solo cuenta la fascinante historia de una vida bien vivida; te lleva por la travesía misma de R. C. En él, verás de dónde venía el fuego. A través de él, experimentas la emoción de absorber su pasión por el evangelio de Cristo, la verdad bíblica y la belleza de Dios y Su santidad. Pero lo que espero de este libro no es que proporcione una linda reunión para aquellos de nosotros que conocimos y amamos a R. C.; mi oración es que el Señor lo use para inspirar reformadores más fieles, personas que teman a Dios y defiendan y proclamen la fe, más como R. C. Sproul».

Michael Reeves, presidente y profesor de teología, Union School of Theology,
Reino Unido

«Recuerdo que una vez escuché a R. C. Sproul predicar sobre el Salmo 51, y después le pregunté cuánto tiempo le había llevado preparar su sermón ese día. Me sonrió y dijo: “Unos cinco minutos... y treinta años”. No me cabe duda de que generaciones futuras se beneficiarán del ministerio prolífico de R. C. dentro de 200 años, si el Señor se tarda. Stephen Nichols nos ha dado un regalo con este libro. Cualquiera cuya vida haya sido marcada, como la mía, por la vida y el ministerio de R. C., atesorará poder conocerlo mejor mediante estas páginas».

Bob Lepine, copresentador, *FamilyLife Today*; pastor didáctico,
Iglesia Redeemer Community, Little Rock, Arkansas

«Doy gracias por esta biografía accesible de R. C. Sproul por Stephen Nichols. Su manera clara y sencilla de escribir es sin duda adecuada en la biografía de un hombre que siempre buscó comunicar la teología gloriosa de la Escritura de una manera clara y sencilla».

Burk Parsons, pastor principal, Saint Andrew's Chapel, Sanford, Florida;
editor, *Tabletalk*

«Stephen Nichols ha escrito una biografía fantástica sobre una de las mentes más grandiosas y uno de los maestros más increíbles de nuestra época. Este libro destaca la teología, la integridad bíblica, el valor, el carácter y la pericia intelectual de uno de los gigantes recientes de la iglesia moderna; un hombre que peleó la buena batalla y tuvo el honor de terminar bien la carrera puesta delante de él por su Señor, al cual amó, reverenció y adoró toda su vida. R. C. reconocía de inmediato cuando el evangelio estaba en juego, y aplicaba su mente aguda para defenderlo, a veces con un alto costo. Fue un privilegio y un placer leer sobre R. C. Sproul, uno de los tres hombres que más han influenciado mi forma de pensar respecto al carácter de Dios en general y a Su santidad penetrante en particular. Estoy en deuda con él de muchas maneras».

Miguel Núñez, pastor principal, Iglesia Bautista Internacional,
Santo Domingo, República Dominicana; presidente fundador,
Wisdom and Integrity Ministries

«Aunque el nombre de R. C. Sproul quedará en los anales de la historia de la iglesia como uno de los teólogos más grandes de los siglos xx y xxi, pocas personas conocen su vida, su carrera, sus luchas, sus victorias y sus ministerios. Este libro te dará el contexto histórico y espiritual de las series, los libros y los sermones más importantes de R. C. Podrás entender el poder de la gracia de Dios en la vida de R. C., el dominio de R. C. en todas las áreas de la teología sistemática, y su capacidad de entender y enseñar el texto bíblico de una forma sencilla y clara. Conocer al hombre te ayuda a entender mejor al predicador. Stephen Nichols me ha ayudado a comprender mejor al hombre que Dios usó para bendecir mi ministerio».

Augustus Nicodemus Lopes, pastor asistente, Primera Iglesia Presbiteriana,
Recife, Brasil; vicepresidente, concejo supremo, Iglesia Presbiteriana de Brasil

«Este libro trata de un hombre proveniente de un pueblito a las afueras de Pittsburgh que fue elegido por Dios para enseñar, predicar y comunicar el evangelio a millones de personas en todo el mundo. El Señor usó a este discípulo de Jesucristo de una forma poderosa. Su capacidad para comunicar la Palabra de Dios de maneras simples pero poderosas y su amor y su bondad para con el resto de los seres humanos fueron evidentes en toda su vida. Su ministerio didáctico, sus libros y lecciones han enseñado a muchísimos sobre la verdad y la santidad de Dios. Lo extrañamos, pero peleó la buena batalla, terminó la carrera y mantuvo la fe como un siervo de nuestro santo Dios».

Robert M. Wohleber, director financiero jubilado, Kerr-McGee

«Stephen Nichols, un erudito extraordinario e investigador exhaustivo, hace un excelente trabajo a la hora de representar a un hombre de inteligencia, capacidad comunicativa y amor que dedicó su vida a Jesucristo al enseñar y predicar sobre la inspiración y la inerrancia de la Escritura, la santidad de Dios y las *solas*. R. C. se dedicó a mantener la pureza y la lógica del evangelio y a hacer que fuera comprensible para los laicos. El Espíritu Santo usó el tiempo, la paciencia, el ingenio y la lógica de R. C. sin comprometer jamás la doctrina bíblica y guio a este abogado “pagano” y a muchísimos otros a Jesucristo. Como ilustra claramente Nichols en esta biografía de un titán de la fe cristiana, el ministerio de R. C. seguirá “contando para siempre” para muchos, mientras viven *coram Deo*».

Guy T. Rizzo, abogado

«Stephen Nichols es meticuloso, equilibrado y teológicamente observador en su biografía de R. C. Sproul. Escribe de la manera en que R. C. vivió y enseñó. Los lectores de R. C. y los que aman la Reforma apreciarán esta historia del líder del avivamiento reformado para una nueva generación».

Russ Pulliam, columnista, *Indianapolis Star*

R.C.
SPROUL
Una vida

STEPHEN J. NICHOLS

B&H
ESPAÑOL
NASHVILLE, TN

CONTENIDO

Prólogo: El gran escape.....	13
1 Pittsburgh.....	19
2 Eclesiastés 11:3.....	43
3 Estudiante, profesor, pastor, maestro.....	65
4 Ligonier.....	99
5 La inerrancia.....	122
6 Apologética.....	152
7 Santidad.....	179
8 Defensa.....	223
9 Espacio santo, tiempo santo.....	254
10 Una nueva Reforma.....	285
11 Doxología.....	320
Apéndice 1: Los últimos dos sermones de R. C. Sproul: «Un Salvador glorioso» y «Una salvación tan grande».....	355
Apéndice 2: Línea del tiempo de R. C. Sproul.....	373
Apéndice 3: Libros de R. C. Sproul.....	377
Apéndice 4: Serie de libritos de preguntas cruciales, por R. C. Sproul.....	397

Apéndice 5: Temas de la Conferencia Nacional de Ligonier y títulos de conferencias de R. C. Sproul.....	399
Apéndice 6: Serie de enseñanza representativa de R. C. Sproul	403
Apéndice 7: Serie de sermones selectos predicados por R. C. Sproul en Saint Andrew's Chapel	407
Una nota sobre las fuentes	409

PITTSBURGH

*Puedes sacar a un hombre de Pittsburgh, pero no
se puede sacar a Pittsburgh de un hombre.*

R. C. SPROUL

EL RÍO ALLEGHENY CORRE DESDE el norte. El Monongahela corre desde el este. Cuando confluyen, empieza el río Ohio. Los tres ríos convergen para formar un punto. Allí cerca, en 1754, los franceses construyeron Fort Duquesne, un fuerte y base central durante la guerra de los Siete Años. Los británicos marcharon hacia él en noviembre de 1758. Los franceses sabían que estaban ampliamente superados en número. Reunieron sus provisiones, hicieron explotar el fuerte y se retiraron por el río Ohio. Cuando tomaron el lugar donde había estado el fuerte, se construyó un nuevo fuerte llamado Fort Pitt, en honor a William Pitt, «el Viejo». En los siglos siguientes, una ciudad, Pittsburgh, crecería sobre esta meseta triangular con su suave pendiente hacia el oeste y colinas pronunciadas que la rodean, parte de los montes Allegheny, de la cordillera de los Apalaches. No era una cuenca del río para agricultura, sino un lugar para la industria.

Entre los muchos inmigrantes que se instalaron en Pittsburgh a través de los siglos estaban los Sproul, del Condado de Donegal en Irlanda, que emigraron en 1849. Hicieron su hogar al sur, al otro lado del

Monongahela, en el monte Washington. Ahora, hay un teleférico que asciende a la pendiente pronunciada. Otra familia de inmigrantes, los Yardis de Croacia, se instalaron al norte de la ciudad cerca de los picos Troy Hill y German Hill. Escoceses irlandeses que hablaban inglés al sur. Inmigrantes del continente europeo al norte. Administración de la clase media al sur. Mano de obra de la clase obrera al norte.

Los Sproul eran de la clase de gerencia y, con el tiempo, establecieron «R. C. Sproul e Hijos», una empresa contable que se especializaba en la bancarrota. Pittsburgh había visto varios ciclos, varias reinenciones de la ciudad, lo suficiente como para que una empresa contable especializada en bancarrota se mantuviera ocupada y próspera.

Los Yardis eran mano de obra. Mayre Ann Yardis empezó su vida laboral de adolescente como secretaria. Aprendió el oficio en la Casa Sarah Heinz, establecida por el hijo de inmigrantes alemanes, H. J. Heinz. Con el tiempo, empezó a trabajar en la empresa contable R. C. Sproul e Hijos.

El R. C. Sproul en la empresa contable era Robert C. Sproul (1872-1945), el abuelo de R. C. Los «hijos» eran Robert Cecil Sproul (1903-1956), el padre de R. C., y su hermano Charles Sproul, el tío de R. C. Las oficinas estaban ubicadas en la calle Grant, en el corazón de la ciudad. Mayre trabajaba para Robert Cecil Sproul como secretaria. Se casaron. La clase dirigente de Pittsburgh se casó con la mano de obra de Pittsburgh.¹

Número Cinco

Robert Cecil y Mayre Sproul se establecieron en la calle McClellan, en el distrito de Pleasant Hills, al sur de la ciudad. El 13 de febrero de 1939, Mayre Ann Sproul dio a luz a su segundo hijo, Robert Charles Sproul. La familia estaba llena de personas con la abreviatura R. C., Roberts y Bobs. También había varias Robertas. La hermana mayor

1 *Sproul Memoirs*, sesión 1, grabada en noviembre de 2010, Ministerios Ligonier, Sanford, Florida.

de R. C., que nació en 1936, era una de las Robertas. Desde el día en que R. C. llegó a su casa desde el hospital, lo apodaron «Sonny». Los periódicos escribirían sobre sus hazañas deportivas durante sus últimos años de escuela secundaria. En estas columnas, siempre lo mencionaban como «Sonny» Sproul.

Con algo de orgullo, R. C. diría que fue el primer bebé en nacer en Pleasant Hills. Como el lugar había sido incorporado como distrito en 1939, el nacimiento de R. C. lo transformó en el primer residente en nacer en aquella comunidad recién forjada de Pleasant Hills. Antes de ser Pleasant Hills, se la conocía como Número Cinco, para abreviar la Mina Número Cinco del amplio yacimiento de carbón de Pittsburgh.²

A fines del siglo XIX y la mayor parte del siglo XX, Pittsburgh estuvo a la cabeza de la nación en cuanto a la producción de carbón y coque, los cuales junto con el mineral de hierro y la mano de obra son los ingredientes necesarios para la industria del acero. Estados Unidos dominaba el mercado mundial del acero, y Pittsburgh tenía una función fundamental. Andrew Carnegie fue un pionero de la industria metalúrgica en esa región. Con el tiempo, su empresa se consolidó con otras para formar United States Steel, la cual en un momento produciría el 30 % del acero del mundo. Pittsburgh era la «Ciudad de acero». Sus puentes de acero que entrecruzan los ríos hacen alarde de su producción local. Pittsburgh, e incluso todo el oeste de Pensilvania, tiene una resistencia similar a la del producto que exportaba a todo el mundo. Tanto la mano de obra como la administración de Pittsburgh tienen esa resistencia y dureza.

Toda esa excavación de carbón y coque también implicaba que Pittsburgh y las ciudades lindantes estaban establecidas sobre una red de minas y túneles y subterráneos, como Número Cinco. Encima de la superficie, Número Cinco era la sede de unos 4000 habitantes de clase media en la década de 1940.

2 Stephen Nichols con R. C. Sproul, entrevista personal, 24 de marzo de 2017.

Los primeros recuerdos de R. C. de vivir en Pleasant Hills giran en torno a su padre. Uno de ellos es sobre su papá cuando llegó un día a casa con una caja de cartón. Dejó la caja en el estudio, que estaba dos escalones más abajo que el resto de las habitaciones de la planta baja en la casa. Dentro de la caja, había un cachorro de perro salchicha. Su papá le puso por nombre Soldier [Soldado]. El segundo recuerdo es caminar de la mano con su papá a la parada de autobús, con su padre vestido con uniforme militar. Como pilar de la comunidad, Robert Cecil Sproul servía como jefe del centro de reclutamiento. Un día, llegó a casa con su uniforme de oficial de la Fuerza Aérea. Le dijo a su esposa que ya no podía enviar autobuses llenos de jóvenes a la guerra mientras él se quedaba en casa. Con 39 años y superada ya la edad de reclutamiento, igualmente sintió el deber de ir en persona. Se dirigió a entrenarse a Westover Field, ahora la Base de Reserva Aérea de Westover, a las afueras de Springfield, Massachusetts. El cachorro acompañaría a R. C. mientras su papá no estaba.

Charlie, «el pistolero»

El papá de R. C. empezó su servicio militar como capitán. Después del entrenamiento, llegó a Casablanca en Nochebuena de 1942. Apenas un mes atrás, las fuerzas aliadas habían sacado a los alemanes de Casablanca. Fue un punto de inflexión en la escena del norte de África que auguró la progresiva contención de los alemanes y las potencias del Eje, y su eventual derrota tres largos años más tarde.

En la guerra, Robert Cecil Sproul sirvió como contador, tal como era su ocupación como civil. Más adelante, le diría a la gente: «En la guerra, piloteé un escritorio». Estuvo en Casablanca, después en Algiers, en Sicilia y en toda Italia. A medida que la guardia avanzada iba cubriendo más territorio, su pelotón iba detrás, garantizando que tuvieran todo lo que necesitaban y que todo estuviera registrado y en orden. Lo promovieron al rango de mayor.

De regreso en casa, la guerra dominaba todos los aspectos de la vida. Las familias encendían sus radios Philco y RCA para escuchar el informe de los fallecidos y las actualizaciones, esperando y orando. El jabón, el azúcar, la manteca, la gasolina, casi todos los productos fueron sometidos a racionamiento. Por todas partes, había carteles que rogaban: «Arréglese con menos, para que ellos tengan lo suficiente» y «Compre bonos de guerra», para recordar a todos los civiles que hicieran su parte en el esfuerzo que significaba la guerra. Las fábricas transformaron sus líneas de montaje para fabricar lo que se necesitara para el esfuerzo de guerra. Las plantas siderúrgicas de Pittsburgh funcionaban las 24 horas del día, produciendo unas impactantes 95 millones de toneladas de acero.

La guerra también dominaba todo en la infancia de R. C. Extrañaba a su padre. Cuando tenía cuatro años, se escapó de su casa y llegó hasta la esquina, o quizás hasta la manzana siguiente, hasta que se encontró con uno de los vecinos. Cuando le preguntaron qué hacía allí, R. C. contestó que se dirigía a Italia a ver a su papá.

Antes de que abriera el Aeropuerto Internacional de Pittsburgh, el Aeropuerto del Condado de Allegheny atendía a la región. La aerovía pasaba directamente por encima de la casa de los Sproul. A veces, pasaban aviones a no más de 40 o 50 pies (12 a 15 metros) por encima de la casa. Como vimos, R. C. no tenía demasiada idea de la geografía en ese momento. Cuando era pequeño, se sentía aterrado cuando esos aviones pasaban volando durante un apagón. Pensaba que estaba en medio de un bombardeo, como los que había escuchado en la radio.

La guerra era una realidad siempre presente, día y noche. R. C. ayudaba a su madre y su hermana en el huerto de guerra en el patio. Les sacaba las etiquetas a las latas, las aplastaba y las preparaba para reciclar. De la ventana de su hogar en la calle McClellan, colgaba una bandera que señalaba que era el hogar de un soldado. Se podían ver banderas similares por toda la calle y en todo el vecindario. Los Sproul, como todos los demás, habían instalado cortinas negras que cerraban cuando sonaban las sirenas de ataque aéreo.

A la vuelta de la esquina y en la manzana siguiente, había un comercio. Las ventanas estaban llenas de fotografías de hombres uniformados de Pleasant Hills que servían en la guerra. R. C. buscaba entre las fotos hasta que encontraba la de su padre.

Su madre asumió responsabilidades extras en la empresa contable para compensar el salario reducido que recibía su padre de la Fuerza Aérea. Antes de partir para la guerra, su padre quiso asegurarse de que la familia tuviera un hombre en la casa, así que hizo arreglos para que la hermana de su esposa, su esposo alemán y su hija fueran a vivir con ellos en la calle McClellan. R. C. se sentaba en la falda de su madre y la ayudaba a mecanografiar «cartas de la victoria» para su padre. Este es uno de los primeros recuerdos de R. C. de su mamá. Las cartas de la victoria eran un formulario de una sola carilla que el ejército les daba a las familias. Una vez que la familia escribía o mecanografiaba la carta en el formulario, las cartas se enviaban primero a Washington, D. C., donde los censores las revisaban, y luego se transferían a microfilm. El microfilm viajaba en avión y las cartas individuales se imprimían a su llegada, para entregar a los soldados las cartas del tamaño de una mano. De los más de 550 millones de cartas de la victoria que se cruzaron entre los soldados y sus familias, Mayre Ann y Robert Cecil fueron responsables de cientos de ellas. Robert Cecil escribía a mano. Su esposa mecanografiaba.

Tenía una máquina de escribir eléctrica bastante sofisticada para la época. R. C. se sentaba en su falda mientras ella escribía. Cuando terminaba, le tocaba a R. C. Él llenaba la última línea con letras X y O, para transmitir besos y abrazos. Era su primera vez mecanografiando.

Robert Cecil le escribía a menudo a R. C. Las cartas son juguetonas y cálidas, llenas de humor y bondad. Le recordaba a R. C. que fuera un buen hijo y cuidara a su madre, a su hermana mayor y a Soldier, el perro. Lo llamaba «Sonny» o «Charlie, “el pistolero”», o algún apodo cariñoso como «Bichito». Le decía que lo extrañaba y que volvería pronto a casa. Aquí tienes una carta que envió desde Sicilia, en junio

de 1945, pocos meses antes de que terminara la guerra, y cuando R. C. recibió su diploma del jardín de infantes:

Mi hermoso niño grande:

Recibí tu carta el 18 de junio y me alegró muchísimo enterarme de que te estás portando tan bien, tomando mucho sol y bebiendo tu leche. Me alegra que te estés divirtiendo en el patio, y espero que esta guerra termine rápido para poder ir a jugar contigo. Me enorgullece que vayas a recibir un diploma, y te enviaré un lindo regalo. Me encantaría ver tu corte de pelo de soldado. Sé bueno con Soldier y cuida mucho a mami y a Bobby Anne.

Con amor, papá.

Los recuerdos más tempranos de R. C. de su hermana mayor, Roberta «Bobby» Anne, también eran de los años de la guerra. Recordaba que su hermana tenía una casa de muñecas. Su padre le enviaba muñecas desde Europa. Cada vez que el ejército lo movilizaba, buscaba muñecas para mandarle. R. C. también recuerda haber recibido un triciclo que Roberta ya no usaba. Era demasiado grande para él, y tenía unas ruedas enormes. R. C. lo describía como una bicicleta de tres ruedas, de tamaño adulto. Lo más probable es que necesitara uno o dos años más para llegar con suerte a caber en el triciclo. Sin embargo, era el único medio de transporte disponible para él. Eligió la movilidad por encima de la incomodidad. Subía y bajaba las colinas de la comunidad con aquel triciclo, muchas veces incapaz de llegar con los pies a los pedales, o de seguir la rápida rotación. Era un espectáculo digno de verse.

En 1945, a Mayre Ann le devolvieron a su esposo y R. C. recuperó a su papá. Después de haber dado tanto al esfuerzo de guerra «allá», era hora de ocuparse de las cuestiones en el hogar. Al igual que el resto del país, los Sproul estaban listos para volver a las rutinas normales de la vida.

R. C. + V. V.

Cuando R. C. entró a la escuela primaria, su mundo constaba de un radio de pocos kilómetros. Cerca de la calle McClellan, se encontraba el comercio que ya mencionamos, completo con un dispensador de refrescos y una persona que lo operaba. La preferida de R. C. siempre era la malteada. Estaban la zapatería y el lugar donde se reparaban radios y televisores. En una esquina, se encontraba la escuela primaria con su jardín. Subiendo y bajando algunas colinas, y a unas pocas cuadras de distancia, estaba el parque, en la cima de una colina y sede de un nuevo campo para jugar a la pelota. R. C. jugó en el partido de inauguración.

Si trazamos una línea recta desde la casa de R. C. nueve millas (catorce kilómetros) al noroeste, llegamos a la oficina contable de R. C. Sproul e Hijos en la calle Grant. No muy lejos de allí, se encontraba el parque de béisbol Forbes Field. (Hoy, los Pittsburgh Pirates juegan en PNC Park, y los Steelers juegan en Heinz Field. Antes, ambos equipos compartían el estadio Three Rivers. Y antes de eso, jugaban en Forbes Field). R. C. nunca se perdía un día de inauguración de los Pittsburgh Pirates. Faltaba a la escuela, hacía dedo y miraba el partido... todo con la aprobación de sus padres. Podía recordar, jugada a jugada, el primer partido que vio. Los Pirates 5, los Reds 3. R. C. estaba en las gradas de Forbes Field cuando Roberto Clemente usó su camiseta con el número 13 en la inauguración de la temporada en 1955. Y vio cómo Clemente anotaba su primer jonrón. Las décadas de 1940 y 1950 no fueron las mejores para ser un fanático de los Pirates. En total, perdieron la misma cantidad de partidos que ganaron. Eso no evitó que R. C. fuera un fanático dedicado. Si en algún momento en esa época le preguntabas qué quería ser cuando creciera, él respondía que sería beisbolista. Y no había ningún uniforme que quisiera usar que no fuera el negro y dorado de los Bucs.

La madre y el padre de R. C. iban a la oficina todos los días. El pequeño se daba cuenta de lo inusual que era esto. Pocas madres

trabajaban fuera del hogar en esa época. A R. C. le encantaban los días en que podía ir al trabajo con sus padres. Se sentaba junto a la ventana y miraba el ajetreo de la ciudad. Jugaba con sus autitos y juguetes debajo de algún escritorio en las oficinas. En especial, le encantaba la época de Navidad. Todos los escaparates de las tiendas tenían exhibiciones maravillosas que cautivaban a R. C. Con los ojos desorbitados, se quedaba mirando asombrado.

Las oficinas tenían los mejores asientos para ver los desfiles que pasaban. Pittsburgh iba a toda marcha en los años de posguerra, y R. C. tenía una vista privilegiada de todo, tanto a la distancia, encaramado en su casa en las colinas del sur, y también desde cerca, de las ventanas en la oficina de la calle Grant.

Años más tarde, cuando la empresa cerró, el edificio se vendió y lo derribaron. En aquel mismo lugar, se levantó el edificio de 64 pisos de acero de Estados Unidos, conocido como la Torre de Acero de Estados Unidos. Durante años, hubo un restaurante en el piso 62 al cual apodaron «La cima del triángulo». R. C. solía tener almuerzos y cenas de trabajo allí. Cuando iba, le volvíán recuerdos de su infancia jugando allí y sus padres trabajando a unos 800 pies (240 metros) más abajo.

En 1945, se levantó una estructura nueva cerca del hogar de R. C. en la calle McClellan. Junto a la escuela primaria, abrió sus puertas la iglesia presbiteriana unida Pleasant Hills Community Church.

El padre de R. C. siempre había sido miembro de la iglesia metodista Mount Washington. De hecho, el abuelo de R. C. había sido uno de los miembros fundadores. El papá de R. C. era pastor laico a veces y enseñaba en forma regular en la escuela dominical. A R. C. lo bautizaron cuando era bebé en aquella iglesia metodista. Durante los años de guerra, su familia iba todos los domingos a la iglesia. Pero cuando abrió la iglesia Pleasant Hills, la familia se hizo presbiteriana. Según R. C. recuerda, era una iglesia liberal... muy liberal. Sin embargo, dejó una huella indeleble en él con su alta liturgia, la cual R. C. decía que era bastante episcopal. Su pastor era partidario de un servicio formal, de

un sermón bien elaborado e incluso dramático. El edificio original era una estructura pequeña, que ahora tiene las oficinas de la iglesia. Un santuario mucho más grande se construyó más adelante. El suelo era de ladrillo por una cuestión de acústica. El exterior tenía un estilo de renacimiento colonial, con ladrillos rojos, columnas blancas y un imponente chapitel. El interior era el rectángulo presbiteriano tradicional, con el púlpito puesto de manera prominente del lado corto y luego estaba la nave larga. Afuera, la piedra angular llevaba una inscripción en latín.

El traspaso a una iglesia presbiteriana marcaría el futuro de R. C. Con el tiempo, asistiría a una universidad y un seminario presbiterianos. Lo ordenarían pastor presbiteriano. Defendería los Estándares de Westminster (la confesión doctrinal de la iglesia presbiteriana). El paso al presbiterianismo también le brindó un vínculo importante con su pasado. A R. C. le gustaba entretener a sus oyentes con la historia del primer ministro ordenado por el reformador escocés John Knox.

Los Sproul habían migrado desde el condado de Donegal, en Irlanda. Sin embargo, Sproul no es un apellido irlandés. Es de las Tierras Bajas. Aquí es donde entran la Reforma y John Knox a la historia. Knox, un sacerdote escocés que se encontró en desacuerdo con su iglesia y su corona, primero cumplió una sentencia en una galera y luego un tiempo de exilio. Terminó en la Ginebra de Calvino, mientras reinaba María Tudor, «la reina sangrienta» durante la década de 1550. Inspirado por todo lo que había logrado Ginebra bajo el liderazgo de Calvino, por gracia de Dios, Knox regresó a su Escocia natal decidido a reformar todo el país. «Dame a Escocia o me muero», le rogó a Dios.

El primer paso para la reforma fue establecer una iglesia nueva, dada la profundidad de la corrupción en la iglesia del momento. Esta nueva iglesia sería la Iglesia de Escocia «The Kirk». El primer pastor ordenado por Knox en esta nueva iglesia fue un escocés de las Tierras Bajas llamado Robert Campbell Sproul. Más adelante, Knox despachó al reverendo Sproul a Irlanda. Uno de sus descendientes, llamado John, aparentemente en honor a John Knox, sirvió como anciano y

comisionado en la Iglesia Presbiteriana Raphoe en el condado de Donegal, en Irlanda, desde 1672 a 1700.³

El bisabuelo de R. C. fue a Estados Unidos desde aquel mismo lugar durante la gran hambruna irlandesa en medio del siglo XIX. R. C. escribió lo siguiente sobre su bisabuelo:

Durante la gran hambruna irlandesa del siglo XIX, mi bisabuelo Charles Sproul huyó de su tierra nativa para buscar refugio en América. Dejó su cabaña de techo de paja y suelo de barro en un pueblito del norte de Irlanda y se abrió paso a pie hasta Dublín, al muelle desde donde partió para Nueva York. Después de registrarse como inmigrante en la isla Ellis, se dirigió a Pittsburgh, donde se había establecido una gran colonia de escoceses e irlandeses. Ese lugar los había atraído debido a las plantas siderúrgicas lideradas por el escocés Andrew Carnegie.⁴

Este inmigrante irlandés luchó por la Unión en el SS Grampus. Uno de sus hijos, el abuelo de R. C., llevó a la familia a la iglesia metodista en el monte Washington. Cuando Robert Cecil Sproul, el padre de R. C., cambió su membresía de la iglesia metodista a la presbiteriana en 1945, estaba llevando a su familia a casa.

En 1946, la familia Voorhis se mudó al vecindario, a unas pocas casas de distancia de la iglesia. Ellos tenían una hija. La familia se mudó en mayo desde New Castle, Pensilvania. El señor William Voorhis trabajaba como comprador nacional para G. C. Murphy Co., una de las cadenas de tiendas de variedades. Pasaba una semana al mes en Nueva York para reunirse con fabricantes y mayoristas.

En esa época, R. C. estaba en primer grado en la escuela primaria de Pleasant Hills. Vesta Voorhis estaba en segundo grado. R. C.

3 William M. Mervine, «Scottish Settlers in Raphoe, County Donegal, Ireland: A Contribution to Pennsylvania Genealogy», *Pennsylvania Magazine of History and Biography*, vol. 36, n.º 3 (1912), 272.

4 R. C. Sproul, «All Truth Is God's Truth», *Tabletalk*, 1 de julio de 2008.

recuerda como si fuera ayer cuando la vio por primera vez y, cuando lo hizo, supo con claridad que se casaría con ella. Al parecer, ella no pensaba lo mismo. Vesta estaba muy ocupada con sus nuevas amigas en el patio de juegos. Los niños estaban en el campo de béisbol. Las niñas, en el patio de juegos. Pasaron algunas semanas de clases y llegaron las vacaciones de verano. R. C. diría más adelante que, durante sus años de escuela primaria y secundaria, lo único que tenía en mente eran los deportes. Probablemente eran dos cosas: los deportes y Vesta. Si fueras a ver la mayoría de los árboles que bordean la antigua calle Clairton y la calle McClellan, verías cuatro iniciales talladas: «R. C. + V. V.». Después de ese primer encuentro, pasaron algunos años más antes de que R. C. y Vesta empezaran su noviazgo intermitente. En última instancia, la historia de R. C. sería la historia de R. C. y Vesta.

La tía, el tío y la prima se quedaron a vivir con ellos seis o siete años más después de la guerra. La casa estaba siempre ocupada, siempre llena de familia. La familia extendida solía reunirse en el hogar en la calle McClellan. R. C. recordaba: «Me encantaba. Solía pararme en la esquina, a la espera de que llegaran los autos que traían a nuestros parientes a estas reuniones. Nuestra familia era todo. La familia era muy importante para mí. Siempre lo fue, y lo sigue siendo».⁵

La mayoría de las noches, R. C. se acostaba en el suelo con Soldier y escuchaba la radio Philco. Durante el día, las ondas radiales se llenaban de radioteatros, pero a la noche, empezaban los programas de aventuras. *The Falcon* [El halcón], *Suspense* [Suspenso], *Escape* y, su favorita, *El llanero solitario*; estos eran los programas que cautivaban la imaginación de R. C. Los sábados y la mayoría de los domingos después de la iglesia, R. C. iba al cine para ver una doble presentación. Las películas de Frankenstein y Drácula, con Lon Cheney y Bela Lugosi, eran sus preferidas en la gran pantalla.

5 *Sproul Memoirs*, sesión 1.

Al igual que la mayoría de los niños, R. C. soñaba con el momento en que el final de la escuela daba paso a los meses de verano. Las vacaciones familiares incluían viajes al norte, al lago Muskoka en Ontario, Canadá. Era un punto popular para los famosos en cabañas de verano, y para los jugadores de *hockey* del equipo Toronto Maple Leaf. Los Sproul se hospedaban junto a un barrio cerrado donde se alojaban ellos. Los jugadores se encariñaron con R. C., y le enseñaron a zambullirse desde un trampolín en un muelle, además de darle toda clase de consejos y técnicas de *hockey*. A los diez años, eran las mejores vacaciones. Los jugadores le regalaron una hermosa chaqueta de cuero con un gran emblema bordado. Era un talle pequeño de adulto, y las mangas le quedaban demasiado largas. Él posaba con orgullo y felicidad con su chaqueta junto a la costa del lago Muskoka.

Entre vacaciones de verano, R. C. esperaba con ansias la Navidad. La época de Navidad era especialmente «extraordinaria», según R. C. Durante los años de guerra, el tío de R. C. empezó una tradición a la cual llamaban «la plataforma navideña». Se trataba de un arreglo elaborado, que se construía en el estudio, de montañas de papel maché con esquiadores que salpicaban las pendientes y un salto de esquí, autos que se movían en una cinta transportadora a través de una calle principal, un carrusel y juegos de tren.

La Navidad de 1950 fue memorable para R. C. Pittsburgh estaba sepultada bajo casi 3 pies (1 m) de nieve aquel año. Fue el momento ideal para el regalo que recibió: un trineo. Al día siguiente, R. C. salió, junto con dos amigos, a hacer el viaje inaugural. Fueron a la colina más alta de la ciudad. En la base de la colina, había un arroyo, con una pared de roca que rodeaba la orilla. La primera vez que se deslizaron, el trío se detuvo cerca del arroyo después de un paseo extraordinario. La segunda vez, los muchachos ejercieron todas sus habilidades de ingeniería y pusieron al más grande adelante. Además, en el primer descenso, habían acumulado mucha nieve, así que la segunda vez, bajaron a toda velocidad y se estamparon contra la pared de roca. R. C. se lastimó la

espalda. Uno de los chicos se quebró el dedo del pie. Y el tercero se hizo trizas la pierna. Se las arreglaron para ponerlo a salvo en el trineo, que R. C. después arrastró por su cuenta por la nieve hasta la primera casa a la que llegaron, a poco menos de ½ milla (1 km) de distancia. Durante el resto del año escolar, R. C. fue a visitarlo a su casa, mientras el muchacho permanecía sentado con apoyo y se recuperaba. Para ambos, fue el último paseo en trineo.

Otros recuerdos de Navidad eran mucho más felices. R. C. recordaba especialmente los servicios de Nochebuena a la luz de las velas, que empezaban a las once de la noche y terminaban cuando el reloj daba las doce. Cantaban «Santa la noche» a capela. Y después, estaba la Nochebuena de 1952. Ese fue el año en que R. C. y Vesta empezaron a salir juntos... con bastante continuidad. Antes de la reunión en la iglesia a la luz de las velas, R. C. estuvo en la casa de Vesta para pasar Nochebuena.

R. C. y Vesta estaban en el coro juntos en la escuela y la iglesia, dirigidos por la misma persona. La iglesia pagaba un organista y un director de coro. Como ya mencioné, la iglesia también tenía una liturgia formal. Todo esto significa que el coro de niños era algo serio. Túnicas, cuellos almidonados... parecían un verdadero coro de niños de una catedral. Y a R. C. le encantaba. Hablaba sobre cómo la predicación de la iglesia carecía de buena teología y contenido bíblico, pero sí cantaban himnos clásicos. Más adelante, R. C. diría: «La mayor parte del conocimiento que tenía de cualquier contenido cristiano venía de la música que cantábamos».⁶

R. C. también recordaba el sacramento de la Cena del Señor. El pastor, el doctor Paul Hudson, había entrenado a los ancianos para que, una vez que se habían distribuido los elementos, se adelantaran en una formación de fila india perfectamente sincronizada. Los pasos sonaban de manera rítmica en el piso de ladrillo y hacían eco por el santuario.

6 Stephen Nichols con R. C. Sproul, entrevista personal, 17 de abril de 2017.

Pero en cuanto a la teología, la precisión no era igual. El pastor catequizaba a los niños; sin embargo, en lugar de seguir el Catecismo Menor de Westminster, el estándar confesional de la iglesia presbiteriana, escribía sus propias preguntas en las cuales quería que los niños se concentraran:

Pregunta: ¿Quién es el cristiano más grande que jamás vivió?

Respuesta: Albert Schweitzer.

Albert Schweitzer habrá sido un gran humanitario y sin duda era un genio con doctorados en teología, filosofía, música y medicina. Pero era abiertamente liberal. Fue una figura clave en la supuesta búsqueda del «Jesús histórico», los esfuerzos de eruditos alemanes por encontrar la semilla de verdad histórica escondida entre las cascarillas de los cuatro Evangelios.

El doctor Hudson aplicaba a sus sermones lo que había aprendido de los eruditos de la alta crítica. El milagro de la alimentación de los 5000 era un milagro del ejemplo abnegado del niño. La gente en la multitud había llevado comida, pero no quería admitirlo, por las dudas de que la obligaran a compartirlo. Cuando el pequeño dio generosamente lo que tenía, esto inspiró a la multitud a sacar sus bolsas de comida de entre los pliegues de sus túnicas. Un milagro. Cada Pascua, a R. C. le enseñaban que la resurrección de Jesucristo significaba que cada día, él también podía levantarse con frescura para enfrentar los desafíos del día.

R. C. no aprendió su teología de la Iglesia de Pleasant Hills. Tampoco aprendió allí sus estudios bíblicos. Estos campos, que se transformarían en su profesión más tarde en la vida, no le interesaban demasiado en su juventud.

Sonny Sproul al bate

Los deportes le interesaban mucho más al joven R. C. Jugaba al béisbol, al baloncesto y al fútbol americano. Probablemente era mejor en béisbol, pero era igual de competitivo en los tres. El deporte que más disfrutaba

era el *hockey*, aunque, según él mismo, era la disciplina en la que menos se lucía. R. C. y sus amigos inundaban el campo en Mowry Park y creaban una pista de patinaje, y también jugaban en una cantera. Tenían su propia versión de una pulidora de hielo. Tenían barrenas, y hacían cinco o seis perforaciones en el hielo. Durante la noche, el agua se filtraba por los agujeros y formaba una capa lisa y suave sobre la cual podían jugar.

Además de los deportes, la escritura fue una parte importante de la vida temprana de R. C. Tenía una maestra llamada Srta. Graham, hasta que se casó con otro maestro y se transformó en la Sra. Gregg. Enseñaba lengua, y R. C. la tuvo como maestra en la escuela primaria y otra vez al inicio de la secundaria. Los maestros de arte de la escuela primaria solían publicar de manera prominente en un tablero al mejor estudiante de arte. R. C. recordaba que siempre quería pero nunca veía sus obras de arte en el lugar de honor. Pero una vez, la Sra. Gregg puso un ensayo descriptivo de R. C. en el tablero de exhibición de arte. Era una obra de arte. Más adelante, cuando R. C. estaba en octavo grado, ella le dijo, y él nunca lo olvidó: «Nunca permitas que te digan que no puedes escribir».

En sexto grado, R. C. jugó al béisbol para un equipo patrocinado en una liga vecinal. La mayoría de los jugadores estaban en la escuela secundaria, algunos incluso tenían más de 20 años. Y ahí estaba R. C., por encima de su liga como estudiante de sexto grado. Era un principiante. Más adelante, lo cambiaron. El anuncio incluso salió en el periódico local. Lo cambiaron por tres jugadores, todos mayores que él. El periódico decía que a los tres los habían cambiado por el «brillante jugador defensivo Sonny Sproul [...] al cual le faltaba un bate».

Eso fue suficiente para inspirar a R. C. En el próximo juego, se enfrentó a un lanzador de 21 años de edad. La primera vez al bate, R. C. anotó una carrera impecable. La segunda vez, arrojó la pelota por encima de la valla y anotó un jonrón. Ahora sí que Sonny Sproul tenía un bate.

R. C. disfrutó mucho de sus primeros años de escuela secundaria. Se destacaba en los deportes. Todos sus compañeros lo amaban. Era el

capitán del equipo de baloncesto, presidente del consejo estudiantil y se había ganado el segundo puesto académico entre todos los alumnos. Todo esto marca un profundo contraste con sus demás años de escuela secundaria. Cuando R. C. estaba en noveno grado, su papá tuvo una apoplejía, seguida de varias más.

R. C. idolatraba a su padre, el cual siempre usaba una camisa blanca impecable y una corbata. R. C. recuerda muy pocas veces de haberlo visto con ropa informal. Como contador, su papá también disfrutaba de estudiar y hablar de economía. No era muy habilidoso con las manos, pero también había sido deportista. Lo aceptaron en Princeton, pero nunca asistió. En cambio, su padre, el abuelo de R. C., lo lanzó directo al negocio familiar. Estudió por su cuenta para el examen de contador público y aprobó. Además, sirvió como presidente de la empresa contable. Tenía la aptitud y las habilidades, y podía guiar y administrar. Aquella primera apoplejía lo dejó sumamente debilitado, y ya no pudo seguir trabajando. Robert Cecil Sproul arrastraba las palabras, no podía ver bien y ya no podía caminar solo. Pasaba la mayor parte de sus días sentado en una silla en el estudio. R. C. lo recuerda leyendo su Biblia con una lupa. A la noche, R. C. lo ayudaba a levantarse de la silla, se ponía las manos de su padre alrededor del cuello y lo arrastraba hasta la mesa del comedor. Desde que era pequeño, R. C. recordaba a su papá sentado a la mesa de la cena siempre con su camisa blanca almidonada y su corbata. Eso no cambió después de la apoplejía. Después de la cena, R. C. arrastraba a su papá a la cama.

Esto hizo estragos en la familia. La mamá de R. C. amaba a su esposo. Era su príncipe azul. R. C. dijo sencillamente: «Mi mamá adoraba a mi padre».⁷

Poco tiempo antes de la apoplejía, el papá de R. C. le aconsejó a su hijo que dejara el fútbol y se concentrara en el baloncesto y el béisbol. Así lo hizo, a pesar del desagrado de su entrenador de fútbol. Ese

7 *Sproul Memoirs*, sesión 1.

entrenador presionó al de baloncesto para que mantuviera en el banco a R. C., que había sido el jugador con mejor puntuación del equipo. R. C. tenía un agudo sentido de la justicia y el juego limpio. Ninguna de estas cosas le cayó bien. Además, fue la experiencia opuesta que había tenido con otros entrenadores. Sus entrenadores de equipo infantil y del inicio de la escuela secundaria habían sido verdaderos mentores, y habían tenido una gran influencia en aquel momento y siguieron teniendo un impacto en su vida décadas más tarde.

Esta experiencia no opacó por completo su espíritu competitivo. R. C. podía concentrarse en el juego. Siguió jugando en ligas comunitarias y hasta jugó en un equipo de fútbol americano semiprofesional durante un tiempo. Todo esto llamó la atención de cazatalentos de departamentos deportivos universitarios.

Sin embargo, la etapa de la escuela secundaria fue tediosa. A R. C. lo llevaban en autobús a la escuela secundaria Clairton. Él siempre había querido mucho a sus maestros de la escuela primaria de Pleasant Hills y la escuela intermedia de allí. Decía que sabía que sus maestros lo apoyaban. Este no era el caso en Clairton. R. C. se sentía algo perdido en este nuevo ambiente.

Debido a la enfermedad de su padre, tomó un trabajo de medio tiempo en la tienda de reparación de televisores cercana a su casa. En una época, sabía casi todo lo que una persona necesitaba saber sobre los tubos de televisor (cuando los televisores tenían tubos). Dormía poco y se abrió paso trabajosamente por sus años de escuela secundaria. En su novela, R. C. escribe sobre Scooter, el personaje principal, como alguien que «dominaba el arte de dormir en la parte trasera de un salón de clases con un libro apoyado frente a él».⁸ La mayor parte de esa novela es ficción, pero algunas frases son directamente una autobiografía.

En esos años, hubo momentos buenos. Por supuesto, estaba Vesta. Lo otro bueno era el mejor amigo de R. C., Johnny Coles. Johnny sería

8 R. C. Sproul, *Thy Brother's Keeper: A Novel* (Brentwood, TN: Wolgemuth & Hyatt, 1988), 39.

uno de los personajes principales de una novela posterior. Esos eran dos puntos positivos. Un tercero fue un auto.

Cuando aprendió a conducir, R. C. usaba el auto de la familia, un enorme Oldsmobile. Antes de su último año de escuela secundaria, tuvo su propio auto. No era cualquier auto. Un Ford Fairlane 500 negro y rojo descapotable de capota dura con dos carburadores de cuatro bocas, dos tubos de escape y un exceso de cromo. Sí, un auto deportivo con aspecto «musculoso». En la década de 1950, Detroit sabía cómo hacer un auto. Este era uno de ellos.

Justo antes de que Vesta partiera para la universidad (era un año mayor que él), la relación dejó de ser intermitente. A partir de allí, y hasta la muerte de R. C., serían R. C. y Vesta. Eran una pareja sólida y nada se interpondría jamás entre ellos. Desde el teléfono familiar en el estudio, R. C. la llamaba todas las noches mientras cursaba su último año en la escuela secundaria y ella el primer año en la Universidad de Wooster en Ohio. R. C. diría más adelante que no tenía idea de por qué ella se había quedado junto a él durante aquella época miserable, pero lo hizo.

Una noche, mientras R. C. arrastraba a su padre desde la mesa de la cena a la cama, su papá le pidió que se detuviera un momento y lo colocara en el sofá. Tenía algo que decirle. Arrastrando las palabras, le dijo: «He peleado la buena batalla de la fe, he acabado la carrera, he guardado la fe». R. C., sin saber que su padre estaba citando la Escritura, le respondió: «No digas eso, papá». Después, arrastró a su padre hasta la habitación y lo puso en la cama. Un rato más tarde, R. C. escuchó un golpe. Encontró a su padre en el suelo. Había entrado en un coma. Durante un día y medio, R. C. se sentó a su lado. Entonces, de repente, su papá se enderezó, se volvió a acostar y murió. Tenía 53 años. R. C. tenía 17.

Al igual que su madre, R. C. adoraba a su padre. Nunca lo escuchó quejarse durante su enfermedad. Tan solo lo había conocido como un hombre bondadoso y gentil. Sabía que era un hombre de honor.

Y ahora, ya no estaba. Décadas más tarde, R. C. recordó todo el incidente en su libro de 1983, *The Hunger for Significance* [La sed de trascendencia]. Sus palabras extendidas fueron las siguientes:

Recuerdo las últimas palabras de mi padre... ¿cómo podría olvidarlas? Pero lo que me persigue es lo último que yo le dije.

La muerte a menudo deja una carga de culpa sobre los sobrevivientes, llenos de recuerdos de cosas que quedaron sin decir o hacer, o de heridas causadas a los fallecidos. Mi culpa reside en las palabras insensibles —no, necias—, que le dije a mi padre. Dije algo incorrecto e inmaduro, para lo cual la muerte no me dio la posibilidad de decir: «Lo lamento».

Anhelo la oportunidad de volver a representar esa escena, pero ya es demasiado tarde. Tengo que confiar en el poder del cielo para curar la herida. Lo que se hizo se puede perdonar, se puede aumentar, disminuir y, en algunos casos, reparar. Pero no se puede deshacer.

Hay ciertas cosas que no se pueden retirar: la bala acelerada de una pistola, la flecha lanzada desde el arco, la palabra que escapa de nuestros labios. Podemos rogar que la bala falle o que la flecha caiga sin hacer daño al suelo, pero no podemos mandarles que regresen en medio de su vuelo.

¿Qué fue lo que dije que me hace maldecir mi lengua? No fueron palabras de rebeldía ni gritos de mal carácter; fueron palabras de negación... un rechazo a la hora de aceptar la última afirmación de mi padre. Sencillamente, dije: «No digas eso, papá».

En sus últimos momentos, mi padre intentó dejarme un legado según el cual vivir. Intentó superar su propia agonía para alentarme. Fue heroico; y yo rehuí sus palabras acobardado. No podía enfrentar lo que él tenía que enfrentar.

Alegué ignorancia, ya que solo entendí lo suficiente de sus palabras como para retroceder lejos de ellas. Él dijo: «Hijo, he peleado la buena batalla, he terminado la carrera, he guardado la fe».

Estaba citando las palabras finales del apóstol Pablo a su amado discípulo Timoteo. Pero yo no me di cuenta. Nunca había leído la Biblia... No tenía ninguna fe que guardar, ninguna carrera por terminar.

Mi padre hablaba desde una postura de victoria. Sabía quién era y adónde se dirigía. Sin embargo, lo único que yo podía escuchar en esas palabras era que se iba a morir.

Qué impertinencia de mi parte responder: «¡No digas eso!». Reprendí a mi padre en el momento más valeroso de su vida. Pisoteé su alma con mi propia incredulidad.

Nunca más cruzamos otra palabra. Puse sus brazos paralizados alrededor de mi cuello, levantando parcialmente su cuerpo inútil del suelo y apoyándolo en mi espalda y mis hombros, y lo arrastré hasta su cama. Salí de la habitación y empecé a pensar en mis tareas escolares.

Una hora más tarde, mis estudios se vieron interrumpidos por el sonido de un golpe estruendoso desde una parte distante de la casa. Salí corriendo a investigar. Encontré a mi padre desparramado en el suelo, con sangre que le salía del oído y la nariz.

Permaneció un día y medio en coma, antes de que el cascabel de la muerte marcara el final. Cuando su respiración agitada se detuvo, me incliné y le besé la frente.

No lloré. Hice el papel de hombre, mostrando calma a lo largo de los próximos días de visitas a casas funerales y el entierro en la tumba. Pero, por dentro, estaba destrozado.

¿Cuánto valor tenía mi padre para mí en aquel entonces? Habría hecho cualquier cosa, dado todo lo que tenía, para traerlo de vuelta. Nunca antes había experimentado una derrota tan final, ni perdido algo tan precioso.⁹

⁹ R. C. Sproul, *In Search of Dignity* (Ventura, CA: Regal, 1983), 91-92. Republicado como *The Hunger for Significance*, nueva ed. (Phillipsburg, NJ: P&R, 2020). Utilizado con permiso de P&R Publishing Co., PO Box 817, Phillipsburg, NJ 08865.

En aquella época, R. C. no tenía una fe que lo ayudara a seguir adelante.

A medida que se acercaba la graduación de la escuela secundaria, tenía tres opciones. Lo invitaron a hacer una prueba para una de las ligas menores que dependían de los Pittsburgh Pirates. Le ofrecieron una beca de béisbol para la Universidad de Pittsburgh. Y le ofrecieron una beca deportiva, para baloncesto y fútbol americano, en el Westminster College en New Wilmington, Pensilvania, a una hora de viaje hacia el norte de Pittsburgh.

Él mismo dice que fue una decisión sencilla. Nunca se anotó en Pittsburgh ni en ninguna otra universidad. «Me enamoré de aquella universidad», testificó R. C.¹⁰ Ese mismo otoño, estaba en New Wilmington.

El momento y el lugar

Muchas décadas más tarde, después de haber estado viviendo algún tiempo en el centro de Florida, a R. C. lo invitaron a hablar en un aniversario por el pastorado de un viejo amigo y excolega del centro de estudio Ligonier Valley Study Center en Pittsburgh. No pudo asistir, pero escribió unas palabras para leer en esa ocasión. En su típica cursiva sobre papel amarillo, la cual más tarde tipeaba su secretaria, escribió:

Puedes sacar a un hombre de Pittsburgh, pero no se puede sacar a Pittsburgh de un hombre. Mis raíces están en Pittsburgh, y hasta el día de hoy, amo cada árbol, cada hoja de césped y cada bache en el burgo.

Hace falta haber experimentado de primera mano las calles de Pittsburgh para apreciar plenamente el comentario sobre los baches. Pittsburgh era el lugar. La Segunda Guerra mundial y la década de 1950 eran el momento. Este lugar y este momento formaron a R. C. Sproul. En la radio o en una conferencia, aquel distintivo acento del

10 Stephen Nichols con R. C. Sproul, entrevista personal, viernes, 7 de abril de 2017.

oeste de Pennsylvania dejaba entrever cuánto lo había formado ese lugar en particular.

Pittsburgh siguió siendo un lugar importante en su vida, en especial hasta que se mudó al centro de Florida a mediados de la década de 1980. Robert Carro, escritor de la monumental biografía aún sin terminar de Lyndon Baynes Johnson, ha observado: «En el mundo de la ficción, se suele aceptar la importancia de un sentido de lugar. Quisiera que eso también fuera cierto en la biografía y la historia».¹¹ Sin duda, la vida de R. C. Sproul se entiende mejor contra el telón de fondo de este lugar y momento.

Mientras que Pittsburgh fue el lugar de sus primeros años, la Segunda Guerra Mundial fue el factor significativo y determinante de la época. La ausencia de su padre en el ejército fue, según el mismo R. C., «muy formativa». Su padre pertenecía a aquella «generación grandiosa», y en realidad fue uno de los miembros más antiguos de esta historizada generación. La naturaleza impredecible de la guerra abrió paso a una sociedad ordenada de posguerra: la farmacia del vecindario, el almacén del vecindario y el reparador del vecindario. Esta era proporcionó la solidez y la seguridad de la vida dentro de una circunferencia a distancia de pie: la escuela, la iglesia, el parque, el campo de béisbol, la casa de la novia. Había ciertos ritmos: escuela, juego, deportes, una película. La enfermedad del padre de R. C. perturbó esos ritmos. Ir en autobús a la escuela rompió la circunferencia. Pero este lugar y momento estaban llenando el fondo del retrato que se transformaría en R. C. Sproul.

En las primeras páginas de *Classical Apologetics* [Apologética clásica], R. C., escribiendo sobre el secularismo cada vez mayor, llama la atención a dos palabras en latín: *saeculum* y *mundum*, traducidas como «tiempo» y «lugar».¹² Las palabras latinas *chronos* y *tempus* también denotan tiempo. El matiz distintivo de *saeculum* en este grupo de

11 Robert A. Carro, *Working: Researching, Interviewing, Writing* (Nueva York: Knopf, 2019), 141.

12 R. C. Sproul, *Classical Apologetics* (Grand Rapids, MI: Zondervan, 1984), 6.

palabras es que denota «era». Estuvo la década de 1940, y después la era de la Segunda Guerra Mundial. Estuvo la década de 1950, y después la «era dorada de la televisión». No se trata tan solo del momento, sino de la textura y la particularidad del momento, del *ethos* que rodea al momento.

Lo mismo sucede con *mundum*. *Topos* también significa lugar, como el lugar en un mapa. Pero *mundum*, que denota topografía y geografía, también capta el detalle granular de un lugar, el *ethos* que rodea el punto en un mapa. Lo mismo sucede con Pittsburgh. El *ethos* es una dureza similar al apodo «Ciudad de acero». El *ethos* es la gestión en las colinas del sur, la mano de obra en las colinas del norte... todos vecindarios de inmigrantes. Hay ríos que separan y puentes que conectan. Las minas de carbón y coque debajo de la superficie, las plantas siderúrgicas arriba. Este era un antiguo puesto fronterizo. Nadie juega en defensa como los Steelers. Hay montañas. Hay baches.

En 1957, R. C. se dirigió al norte, al Westminster College, pero no se alejó demasiado de Pittsburgh. En cierto sentido, nunca lo hizo.